
Ramón Rubín y la lucha por la salvación del lago de Chapala

Ofelia Pérez Peña y Gabriel Torres González



Al escribir estas notas están todavía muy frescas las imágenes y palabras de Ramón Rubín, un hombre maduro y lleno de sabiduría con quien se dialogó en las circunstancias de su vejez y en el ambiente de tranquilidad y concentración total que le permitía la ceguera que lo acompañó en los últimos días de su vida.

Don Ramón estaba recluido en un asilo de ancianos de esos que resultan menos visibles para la gente de Guadalajara porque se localizan en el corazón de la urbe. Su testimonio fue muy impactante y su insistencia en pasarnos la estafeta —porque sentía que él ya había hecho su tarea— nos motivó a escribir este artículo centrado en el testimonio de esa generación de luchadores y sus saberes acerca del lago Chapala y la cuenca Lerma–Chapala–Santiago.¹

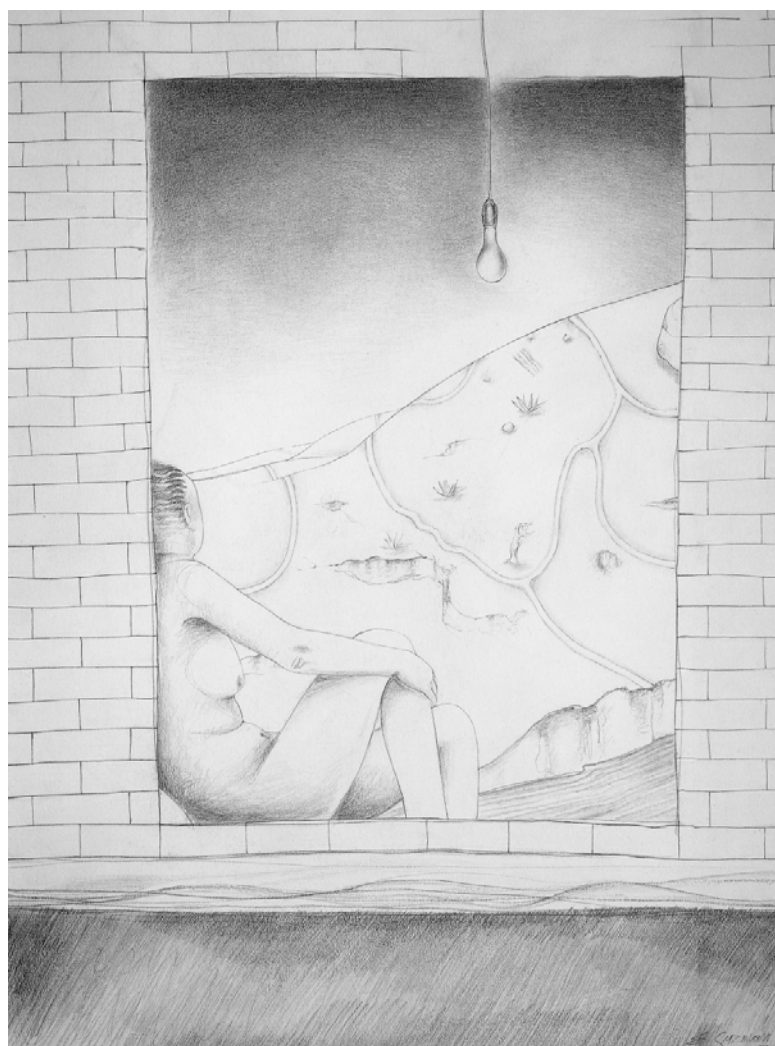
La comunicación con Rubín da otra idea acerca de las crisis del agua y ayuda a recrear otros imaginarios sobre el lago que pueden ser diametralmente diferentes a las imágenes fatalistas de los administradores hidráulicos y de las versiones inmovilistas centradas en el mantenimiento de un *statu quo* legaloide que parecieran repetir como libreto bien estudiado casi todos los políticos en funciones.

Cinco fueron las entrevistas que se sostuvieron con él (la primera fue el 20 de abril de 1999 y la última cuatro días antes de su muerte, el 25 de mayo de 2000). En cada una de ellas se recorrieron libremente pasajes de su vida, de su trabajo literario, pero se recordaron en especial los detalles de la lucha por la salvación del lago cuando él se convirtió en el primer presidente del Comité Provisional para la Conservación del Lago de Chapala, en 1953.

Los esfuerzos de Rubín y la generación de luchadores a la que pertenece pudieron impedir que se ejecutara un decreto presidencial que promovería la desecación de una parte importante del lago con el fin de convertirla en terrenos de cultivo. Ese logro es muy meritorio porque se da en tiempos en que la palabra del presidente se consideraba definitiva. Pero ¿cómo se gestó esa organización que logró detener el decreto presidencial? Rubín comentó que la motivación e inquietud mayor provino de los más “aventados”, que eran avecindados, quienes imprimieron al comité un espíritu de rebeldía o desobediencia civil porque “no les gustaba dejarse”. Recordó que en “el comité de salvación de Chapala los avecindados tomaron la iniciativa y lograron trascender la quieta posición de los jaliscienses”.

El ánimo que promovía el comité se traducía en frecuentes llamados al pueblo de Jalisco, que en varias ocasiones fueron interpretados negativamente. Un ejemplo de estos llamados fue el publicado como inserción pagada en *El Informador*, el 15 de junio de 1955:

Se han hecho varios llamados al pueblo jalisciense para que responda con valor a las innumerables vejaciones de que ha sido y está siendo objeto. Ya es tiempo de que ese pueblo, valiente —según las películas— responda unificado en una firme protesta. Es tiempo de que se sacuda la apatía y sepa valientemente defender sus sagrados derechos. Es realmente triste que unos cuantos elementos que, o son de mala fe o absolutamente ineptos tengan en sus manos el presente y el futuro de Jalisco. Nos referimos, como es natural, tanto al lago de Chapala, como al problema eléctrico...



Ventana con desnudo, lápiz de color sobre papel, 60 x 45 cm, 1978, colección particular, cortesía Galería Arvil.

Tales arengas eran encabezadas por los principales dirigentes del comité, entre los que sobresalían: Ramón Rubín (Sinaloa), Ricardo Delgado (Zacatecas), Jorge Munguía (Colima) y Antonio Romero Montero (Aguascalientes), quienes daban la cara como presidente, secretario, tesorero y vocal del comité, respectivamente. Desde su lógica, era explicable que los avecindados “se atrevieran con más facilidad a armar un escándalo político”. Además, “varios de ellos supieron amar las bellezas con que la naturaleza dotó a Jalisco más que muchos tapatíos”.

Como quiera que sea, sin el escándalo que se hizo no se hubiera podido parar la ejecución del decreto. Asimismo, algunos jaliscienses —que don Ramón consideró “proscritos” de esta sociedad— como el ex gobernador José Guadalupe Zuno y el político Raúl Padilla padre desempeñaron un papel muy importante en el desarrollo de las protes-

tas y la defensa legal. En la lucha contra el decreto presidencial de desecación se involucraron otros personajes importantes, como el padre Severo Díaz, un precursor de la lides ecológicas en Jalisco, y varios abogados (Emiliano Robles León, Alberto G. Arce y Víctores Prieto), quienes interpusieron varios amparos que fueron acatados. De la gente de la iniciativa privada, relata Rubín, hubo poco apoyo y el más distinguido fue de Jorge Dipp, quien entendió el problema del lago “seguramente por ser de origen árabe, condición que lo hacía más sensible hacia las condiciones de sequía”.²

La visión crítica de estos luchadores, que sostuvieron durante más de una década, ofrece una perspectiva que da pie a pensar que entre los jaliscienses no sólo prevalecía una mentalidad conservadora proclive a acomodarse al *statu quo*. Sin embargo, la resistencia de los defensores del lago no ha sido suficiente para cambiar el sentido de la histo-

ría oficial de Jalisco. Por ello siguen apareciendo como héroes varios desecadores del lago, a los que incluso se les han hecho muchos homenajes en vida y sus apellidos (Ballesteros, González Chávez o De Paula Sandoval) ya forman parte de la nomenclatura de la ciudad en calles, canales y presas. Como quiera que sea, las posturas de los defensores del lago dan cuerpo a un marco crítico de apreciación de la política mexicana en general y la ambiental en particular que, a decir verdad, han quedado muy mal paradas con el ejemplo de lo que le ha pasado al lago desde 1950.

El amor por el mar chapálico y el estilo personal en la defensa del lago

La explicación de Ramón Rubín acerca de su amor por Chapala es peculiar. Se deriva de su proceso de socialización en una niñez y una adolescencia vividas en Mazatlán en un ambiente de marineros y migrantes republicanos. Su añoranza del mar, que siempre lo acompañó, lo llevaría a cambiar su querencia por el océano por la del mar “chiquito” que entonces era Chapala. En su experiencia de viajero incansable que se ganaba la vida trabajando para comerciantes y una agencia de suelos de la ciudad de México, varias veces al mes visitaba o pasaba por el lago, ya fuera en camión o en tren, cuando iba de paso a León o la capital de la república. De esa manera se percató de la belleza del lago, al que llegó a considerar “ese hermoso señor lago” y pudo recorrer de punta a punta en varias veleadas.

Hacia 1948, en uno de aquellos viajes a la ciudad de México, Rubín pudo observar unas obras que se realizaban cerca de Ocotlán. Le sorprendió la construcción de un canal y un dique para desviar aguas que deberían ir al lago y los trabajos con una draga de succión. Pero más le llamó la atención que nadie parecía saber o querer decir algo al respecto. Alguien acostumbrado a la vida de marineros sabe que las dragas se usan para desecar esteros o brazos de mar. La presencia de la gran draga en la ribera de Chapala parecía confirmar la interpretación de Rubín de que se pretendía desecar una parte del lago.

En la investigación que realizó para escribir su novela *La canoa perdida*, cuyo argumento gira en torno a una embarcación en el lago de Chapala que buscaba el agua que ya no existía, obtuvo mucha información sobre la geografía y las condiciones de vida de los ribereños. Esto lo resalta el

profesor Karl M. Helbig, quien afirma que “el capítulo introductorio de la novela proporciona al científico valiosos datos acerca del problema del lago”.³

En su narrativa, Rubín escribió:

Hoy, la tragedia pesa con un frígido aliento de fatalidad sobre los tristes destinos del otrora caudaloso Chapala... El bordo que desecó la extensa Ciénaga michoacana robó una considerable porción de su perímetro. Cerró, además, a la navegación lacustre, muchos de los pueblos que antes fueron ribereños, tales como Sahuayo, Jiquilpan, Guarachita, Pajacuarán y San Pedro Caro. Posteriormente, comenzó a disminuir el caudal del río Lerma, fundamental y única de consideración entre las corrientes fluviales que lo alimentan. Era que las nuevas presas y canales de regadío que se iban construyendo en la parte alta de su curso, le desviaban y sorbían más de lo que fue la mitad del volumen de sus aguas, hasta dejarlo, cuando por el estuario de La Barca penetraba al lago, ignominiosamente exhausto de líquido. Esto, la escasez de lluvias originada por la deforestación en los bosques de toda la comarca y las plantas de bombeo para irrigar los sembradíos, que brotaron como granos variolosos por todas sus riberas, pareció amalgamarse para darle una trágica culminación al consistente drama del amable mar chapálico...⁴

En la serie de entrevistas a las que nos referimos, Rubín reiteró su pena de morir con una pasión no cumplida, la de haber tratado de salvar dos lagos (Chapala y Cajititlán) y la de no haber podido hacer algo valioso y definitivo por ellos. Al mismo tiempo, se corroboró que a pesar de su estado físico, hasta sus últimos días estuvo dispuesto a hacer algún “escándalo” en favor de los lagos. Contó con orgullo la manera en que desarrolló una carrera literaria con su propio esfuerzo, sin depender de la promoción gubernamental ni de los recursos ligados a las editoriales oficiales. Según él esto se debía a que en su trabajo literario, y sobre todo en la palestra política para salvar al lago, se le interpusieron dos personajes que serían sus enemigos personales: Agustín Yáñez, quien fuera gobernador de Jalisco en los tiempos de la crisis del lago de 1955, y Alfonso Reyes.⁵ Ambos personajes le “impidieron el acceso a espacios importantes en la vida literaria nacional”. De hecho, las obras de Rubín no se pudieron publicar en el Fondo de Cultura Económica hasta la muerte de ellos.

Una anécdota contada en el homenaje póstumo que le hiciera el municipio de Tlajomulco de Zúñiga en el mismo año de su muerte da cuenta de su carácter, de cómo veía la actuación de los gobernantes y del tipo de acción social que perseguía. Por acuerdo del cabildo, se le concedió un diploma y una condecoración especial por sus esfuerzos en pro de la conservación de la laguna de Cajititlán. Al recibir esa distinción, después de agradecer al cabildo, Rubín advirtió que aunque no le hicieran más homenajes, les pedía encarecidamente que dedicaran sus esfuerzos a cuidar el lago y no lo siguieran usando de letrina de los pueblos de la región.

También dio su punto de vista acerca de Cajititlán como zona privilegiada para Guadalajara y otros municipios cercanos pero lamentaba, que desde que se desviaron hacia allá los drenajes de San Miguel, Tlajomulco y otras poblaciones, se lo habían acabado. En un último intento por salvar esa laguna, comentó que le había hecho llegar una carta al gobernador Alberto Cárdenas proponiendo la integración de otro comité especial, pero éste ni siquiera le contestó porque con seguridad no sabía quién era Ramón Rubín.

Lo anterior es consecuente con las experiencias que vivió desde 1954, cuando pudo distinguir entre la necesidad de hacer publicidad a favor de la causa del lago pero sin valerse de ella para sacar provecho personal. Esto quedaba de manifiesto en una carta que dirigió a la periodista y escritora Elena Poniatowska, quien entonces era editora de *Excélsior*. Poniatowska comentaba que el escritor no aceptaba entrevistas que lo promocionaran porque consideraba que no se valía una publicidad que pregonara aspectos de la vida del escritor ajenos a la calidad literaria de su obra.

En sus campañas y “aventuras” —término que utilizaba el propio Rubín— en defensa del lago buscaba involucrar a sus amigos literatos y metía ruido con sus escritos y el escándalo político en los círculos bohemios u otros más serios de hombres de letras. Esa circunstancia disgustó más a quienes controlaban la literatura en el medio oficial de México y Jalisco. Una carta a Juan Rulfo fechada en enero de 1963 refleja el estilo que Rubín usaba para involucrar a los literatos en la defensa de los lagos. Luego de aclararle el sentido de la lucha de un nuevo comité para la salvación de la laguna de Cajititlán, lo invitaba a participar en los siguientes términos: “seguro como estoy de

que sientes el mismo cariño mío por Guadalajara y sus lagos aledaños, no me queda otro remedio que escogerte para que participes en tales molestias”.⁶

Desde el punto de vista del gobierno de Jalisco, la intervención del comité de salvación del lago era vista como oportunismo político. Esto se desprende de lo expresado por el gobernador Yáñez en su tercer informe de gobierno (1956), en donde considera que las acciones de dicho comité representaron un “intento de capitalizar políticamente la crisis”; se congratulaba de que el movimiento no hubiera “tenido eco popular” y lo consideraba útil porque había servido para mostrar su estilo de gobernar, pues se declaraba partidario de un “ambiente de libertad y ecuanimidad”.

El problema de Chapala y las posibles soluciones a su crisis

El diagnóstico que hacía Rubín de las condiciones del lago en los años cincuenta se fue afinando



Homenaje a la fotografía, óleo sobre tela, 112.5 x 79.9 cm, 1972, colección Museo de Arte Moderno, INBA.

luego de diversas confrontaciones con funcionarios de la entonces Secretaría de Recursos Hídricos, particularmente con aquellos que identificaba como promotores de la desecación de Chapala, los ingenieros Elías González Chávez, Andrés García Quintero, Luis P. Ballesteros, Luis Cervantes y Francisco de Paula Sandoval. Eso se puede observar a partir de lo expuesto en distintos editoriales y escritos elaborados por él entre 1953 y 1958.⁷ Rubín ponía como punto de referencia la experiencia de las ciudades mayas para destacar la gravedad de la situación del vaso lacustre y la inconciencia profunda acerca de los dones con los que la naturaleza había dotado a Jalisco y a México. Las ciudades mayas tenían la ventaja de que podían cambiarse de localización en busca del agua. La situación que prevalecía en metrópolis como Guadalajara era muy diferente, dado que éstas no pueden moverse para buscar pozos para rellenar sus cenotes o vasos reguladores. En ese sentido, la ciudad, que en los años veinte y hasta los cuarenta, podía competir por el agua con ciudades pequeñas de El Bajío, ahora como zona metropolitana tiene que hacerlo con emporios agroindustriales y urbanos como Celaya, León, San Juan del Río, Querétaro, Morelón y la ciudad de México, lo cual le representaba una desventaja cada vez mayor. Desde esta óptica, de no presentarse un diluvio el lago parecía destinado a desaparecer.⁸

El hecho es que con las copiosas lluvias de 1956 y 1957 el lago logró recuperarse y hubo esperanzas de que sobreviviera. Pero otra vez, actuaron en su contra el aumento de las concesiones de agua, las mayores superficies que regar y las extracciones crecientes para llevar el líquido a la ciudad de México desde el alto Lerma. Todo ello ha provocado que el agua se quede en las presas del alto, medio y bajo Lerma y no lleguen a Chapala. En Jalisco, decía Rubín, el agua se destina a los trigales y milpas del distrito de riego de La Barca antes de que lleguen a Chapala y otros caudales se desvían por el canal de Atequiza, por lo que tampoco pueden llegar al lago.

Otro problema que mencionaba Rubín es el del crecimiento desordenado de las ciudades y el incremento poblacional. Decía el escritor que el clero nunca ha comprendido la necesidad de detener el crecimiento poblacional desmesurado. Si en los años veinte se hablaba de ciudades de 20,000 personas, en los cincuenta ya fueron de cientos de miles, y en los noventa de millones. Desde la década de los setenta, Guadalajara empezó a deman-

dar mayores cantidades de agua del lago. Pero la desventaja seguía siendo que las aguas se quedaban en el alto, medio y bajo Lerma, una desventaja de Jalisco respecto de Guanajuato prácticamente irreversible. Esta afirmación que Rubín reiteró en varias ocasiones le valió que se le acusara de traer pleito con Guanajuato.

La conclusión de Rubín en 1999, y que repitió varias veces, era que el destino del lago era muy negro, aunque luego agregaba: “ojalá y esté equivocado”. Como quiera que sea, en su balance pesan varios factores: las pésimas políticas hidráulicas observadas en más de cincuenta años, que por la vía de los hechos, ya sin decreto de por medio, siguieron propiciando la desecación del lago; el hecho de que los políticos están más preocupados por defender sus puestos que los recursos naturales; la circunstancia de que ninguna de las comisiones organizadas por el gobierno para salvar al lago ha funcionado; la reticencia del gobierno federal y estatal a aceptar las críticas y la participación de quienes desean salvar al lago. De hecho, el desenlace del primer comité provisional tuvo lugar cuando el gobernador Yáñez y los abogados encabezados por Alberto G. Arce pactaron acuerdos de no agresión y decidieron bajar el tono de la lucha por la defensa del lago. A una minoría de inconformes, entre ellos Rubín, procuraron aislarlos mostrándoles que el problema de los apagones que padecía el estado se había resuelto gracias a la intervención del gobierno federal, que hizo posible que Jalisco se incorporara al sistema eléctrico nacional. Pero sobre todo se apuntaba el hecho de que se había llenado de nuevo el lago para hacerles notar que ya no había razón para la intransigencia. A otros se les preguntaba “cómo se atreven a desafiar a expertos como el ingeniero González Chávez, quien además de ser una eminencia amaba a Jalisco más que ellos”.

La falacia de la evaporación y la crisis interminable del lago

Ante la crisis del lago en los noventa, Rubín no veía una solución de corto plazo a menos que se presentaran lluvias tan fuertes como las de 1956 y 1957. En tono irónico, observó que una buena solución sería que los “gringos” dedicaran los dólares que gastan en la guerra a hacer acueductos. De esa manera pronto podría volver a llenarse Chapala. Como quiera que sea, Rubín insistió en

que la recuperación del lago se lograría al devolverle el agua que le quitan. No es posible, decía, “que mantenga los servicios que presta sin recibir corrientes. Es evidente que si se sigue sobrexplotando el lago sin que le llegue más agua se va a acabar más pronto que tarde”.

Lo de que la evaporación es una causa de la crisis de lago lo consideraba como un pretexto utilizado sobre todo por De Paula Sandoval para justificar el decreto de desecación. Por cierto, el mismo De Paula expresó en una entrevista su convencimiento de que el de Chapala es un lago intermitente. En este sentido, “no es que Chapala vaya a quedar borrado del mapa. El régimen de intermitencia nos va a llevar a situaciones como la de Atoyac, Sayula o San Juan. Si pasamos en carro en abril o mayo éstas no existen, pero si lo hacemos en julio o agosto se va a ver el agua y quizá hasta estén las garzas”.⁹

Para Rubín la evaporación fue más notoria cuando se construyeron las obras en el alto Lerma, a fines de la década de los cuarenta, y fue precisamente en esos años cuando empezó a descender el nivel del agua, el cual llegaría a su punto más bajo del siglo XX en 1955. Si el lago siguiera lleno sería otra la situación y se demostraría que ha sido mentira lo afirmado por Andrés García Quintero, uno de los expertos de la Secretaría de Recursos Hidráulicos que promoviera con más entusiasmo la desecación y quien consideraba que, dada la evaporación, tener un lago como Chapala era un lujo que el país no podía darse.

En un artículo publicado en *Excélsior* en 1954, Rubín consideraba que la evaporación es un fenómeno fantasmagórico e ironizaba sobre el único argumento científico que utilizaban los desecadores encabezados por García Quintero. Señalaba que los coeficientes de evaporación planteados eran inexactos y que su variación oscilaba entre 38 centímetros en Canadá y tres metros y medio en Egipto. Luego indicaba que se quería equiparar las condiciones de Chapala a las de Egipto. Para Rubín ello era erróneo porque la evaporación dependía de muchas circunstancias y sería muy tonto considerarla sólo como una pérdida porque hasta en el más elemental texto de geografía física se considera a ésta como indispensable. Por ello le parecía disparatado que los técnicos en hidráulica pelearan contra la evaporación como si fuese un mal sobrecogedor.

A este respecto el padre Severo Díaz, en un largo escrito publicado en *El Informador* el 14 de

julio de 1955 (“El mito de la evaporación y el origen de la cuenca de Chapala”), también hacía referencia a lo argumentado por García Quintero considerando su postura como autoritaria dado que estaba basada en razón de los apoyos federales y estatales y de los diputados, así como en la conveniencia de los millonarios de varias entidades. También hacía notar el menosprecio al comité de salvación del lago, cuyos argumentos estaban fundamentados en estadísticas y datos que se intentaba desconocer por que provenían de simples ciudadanos. Decía que en Estados Unidos se creaban lagos sin temer la evaporación y que ésta no era del tamaño que la concebía García Quintero porque nunca se había medido desde adentro del lago mismo, como él lo había sugerido. El cálculo de García Quintero, del que se desprendía su propuesta de desecación, oscilaba entre 1,700 y 1,900 millones de metros cúbicos por año. Severo Díaz le preguntaba a García Quintero si con los 200 millones de pesos que se obtendrían de las hectáreas que se irrigarían al desecar el lago sería suficiente para cubrir las pérdidas en términos de turismo, pesca y condiciones de vida.

La cuestión del agua para la zona metropolitana

Para Rubín los efectos y peligros que siguen a la desecación del lago son terribles porque la zona metropolitana de Guadalajara a fines del siglo XX ya necesitaba demasiada agua. Además, sostenía que los políticos no han tenido conciencia clara de que Jalisco se localiza en una zona crítica. Irónicamente, comentó que a los jóvenes y contemporáneos “ya no les interesa la geografía”. Si hubiera más interés por ésta, se reflejaría pronto en el rechazo de varios de los proyectos de los que se habla actualmente para resolver el problema del agua de la metrópoli porque estos son problemáticos. Puso como ejemplo que se hablaba de traer agua del río Verde sin reparar en que ese río ya tiene tres represas en varios lugares. “Si se meten con el Verde a la larga van a pelear con Los Altos (Tepatitlán y otras ciudades como San Juan de los Lagos, Pegueros, Valle de Guadalupe, Acatic y Zapotlanejo, que han ido creciendo mucho) y con León y Aguascalientes”. Eso porque La Zurda y Picachos van a reducir los cauces. Además, Rubín dudaba mucho de que fueran a llegar a Guadalajara los metros cúbicos con los que dicen que se podrá



Autorretrato 17, lápiz sobre papel, 37.5 x 27.5 cm, 1976, colección particular, cortesía Galería Arvil.

contar. Según su experiencia, los cálculos de la Secretaría de Recursos Hidráulicos no eran exactos y podría suceder otra vez, como en el caso de las aguas del alto Lerma derivadas a la ciudad de México, que una vez terminadas las obras el volumen captado sea de casi la mitad de lo proyectado.

Otras soluciones que se mencionan se le antojaban descabelladas, como la de desviar el agua del río Armería desde las cercanías de Toluca. Ese tipo de proyectos aparte de lo costosos que resultarían, deberían considerar más seriamente el hecho de que obligan a negociar con otras localidades. Pasaría lo mismo si se quisiera traer agua de Michoacán, del río Tepalcatepec. Sería ingenuo creer que los michoacanos la dejarían ir sin ningún problema. Se tendría que negociar. Otras posibilidades mencionadas eran traer hasta Guadalajara o llevar al lago el agua de la sierra del Tigre, Ameca, Atenguillo, Mascota o Tomatlán, lo que consideraba más plausibles porque sí hay agua. Pero recalaba que en casi todos los casos se tiene que negociar y beneficiar a los lugareños.▲

Notas

1. Otra imagen impactante de estos primeros luchadores es la de Ricardo Serrano, quien no se cansa de manifestar su desesperación por la situación en que se encuentra el lago en todos los foros a los que asiste. En este sentido, frecuentemente se le identifica como el viejo que le “aguada las fiestas” a muchos políticos y funcionarios de la Comisión Nacional del Agua (CNA). Así sucedió en el foro de consulta del Senado de la república efectuado el 6 de abril pasado, donde Serrano, con la fuerza que le da la experiencia y la desesperación de escuchar tantas promesas incumplidas, con fuertes gritos interpeló al gobernador Francisco Ramírez Acuña pidiéndole “no más demagogia sobre Chapala” antes de que éste tomara la palabra para inaugurar el acto.
2. Otros personajes que se involucraron y desempeñaron como organizadores en los diferentes sectores como clubes sociales y deportivos, sector universitario, industria, comercio, sector obrero, pueblos ribereños, etc., fueron Germán Behn, Enrique Ladrón de Guevara, Felipe Torres Planck, Manuel Hernández y Hernández, el presbítero José María Arreola, Miguel Naranjo Granda, Jesús González Gortázar, Vicente Palencia, José Rosas, Guillermo Stettner y Camarena, Armando Abundis, Alfonso Manuel Castañeda y el teniente coronel José Moreno Flores. Aparte había un departamento legal presidido por Emiliano Robles León y Alberto G. Arce, y otro consultivo y científico presidido por el presbítero Severo Díaz y Luis Puga Robles Gil (*El Occidental*, Guadalajara, 11 de mayo de 1954, p.3).
3. Helbig M., Karl. *Der Chapala – See in México und seine Austrocknung*, Petermanns Geographischen Mitteilungen, Hamburgo, 1959, p.7. Este investigador alemán señaló en su artículo que “en el caso de la cuenca Lerma-Chapala-Santiago se partió al revés al organizar el orden hidrológico climático y los sistemas de riego. Esto es, se procedió del curso superior al inferior”.
4. Rubín, Ramón. *La canoa perdida* (novela mestiza), Vera Editores, Guadalajara, 1951, p.13.
5. En el caso de Alfonso Reyes, don Ramón nos confió que se ganó su enemistad por no haber revisado con detenimiento las galeras de una revista que editaba, en la que apareció un artículo de un joven literato que hacía ver un plagio en la obra de Reyes.
6. *Excelsior*, México, 8 de mayo de 1964. Rubín opinaba que la grandeza de la obra de Rulfo radicaba en su brevedad y contundencia. En tono de broma, recalaba que la brevedad, le acarrea la buena impresión de muchos críticos porque éstos no tenían que leer mucho para convencerse de su calidad. En el caso de Rubín los críticos tenían que leer más de 40 novelas y 200 cuentos.
7. “El drama del lago de Chapala”, *Excelsior*, México, 12 de junio de 1954; “La utilidad del lago de Chapala”, *Excelsior*, México, 27 de junio de 1954; “Recursos hidráulicos y su visión poética de Chapala”, *Excelsior*, México, 6 de febrero de 1958, entre otros.
8. Se puede interpretar que las lluvias extraordinarias que se presentaron a fines de la década de los cincuenta funcionaron como un verdadero diluvio que volvió a llenar el lago.
9. Entrevista con el ingeniero Francisco de Paula Sandoval, presidente del Consejo Estatal de Seguimiento y Evaluación de la Cuenca Lerma Chapala Santiago, 1 de junio de 1999.